

francesa y el afecto á los republicanos me han destituido de amistades, las cuales fueron la satisfaccion mayor de mi vida y endulzaron las horas mas amargas de mi destierro. Pero tú, que conoces á ciencia cierta, por haberme cobijado tantos años en tu amigo techo, la sinceridad de mis palabras y el arraigo de mis creencias, harás justicia á mis intenciones, encaminadas á fundar primero y sostener despues en la medida de mis fuerzas la libertad y la democracia en España. De muchas censuras he sido asunto, de muchas injusticias blanco, de muchas calumnias víctima; pero he encontrado un doble escudo en la seguridad de mi conciencia y en el juicio de la historia. Esta seguridad la ha acrecentado con grande acrecentamiento el bálsamo que en dias aciagos has vertido con tus reflexiones y con tus consuelos en las heridas de mi corazon. Hoy, que cada día me siento mas tranquilo: hoy, que comprendo todo cuanto ha habido de revelador en mis dolores y de santo en mis infortunios; hoy, que me despido de la juventud y me acerco á la tarde solemne de la vida, confiado en haber servido con desinterés á mi patria, hoy te consagro estas páginas que tienen ecos de las antiguas tempestades, con el reposo de quien va recogiendo sus recuerdos para presentarse al Supremo Juez y no teme su juicio.

Te quiere tu amigo del alma,

EMILIO CASTELAR.

## LIBRO CUARTO

### CAPÍTULO PRIMERO

LAS HERESÍAS Y SU DESARROLLO HASTA EL CONCILIO DE NICEA

Las ideas capitales de nuestro estudio, derivadas de la contemplacion serena de los hechos históricos, enciérranse en estas dos principales consideraciones. Primera, viva necesidad que tenia la Iglesia, sobre todo, desde principios del siglo décimocuarto, de una radical reforma; segunda, posibilidad de que esta reforma se cumpliera sin desconocer los dogmas fundamentales del catolicismo ni atentar á las bases de la disciplina eclesiástica. Así hemos encontrado una tendencia saludable en los principios y en los cánones reformadores de los Concilios de Basilea y de Constanza; y así hemos visto la única tabla de salvacion para la Iglesia, cuando naufragaba combatida por tantas tempestades, en la admirable doctrina del monje Savonarola, encaminada derechamente á la alianza del Evangelio con la libertad y al cumplimiento de la reforma sin menoscabo del dogma religioso ni de la disciplina eclesiástica.

Siempre que ha brotado una tendencia democrática en la Iglesia, y ha sabido desarrollarse sin atentar ni á la disciplina ni al dogma, se ha visto y se ha tocado un verdadero florecimiento. Ningun ejemplo, tan revelador de esta verdad, como el ejemplo de Francisco de Asís en pleno siglo décimotercio. Hijo de un humilde pañero, oscuro y olvidado feriante, mozo de vida airada, en los motines cabeza, en los festejos protagonista, en las peleas el mas peleador, en las serenatas el mas cantante, héroe de amorosos dramas, bailarín de jácaras, autor de apasionadas endechas, parecia que con vida semejante

necesitaba el vano y juglaresco jóven de todo un milagro para acreditarse en las ciudades, donde vieran sus fechorías, de revelador, de profeta, de penitente. Y sin embargo, quien una vez en su vida, siquier sea por acaso, haya visto el monasterio erigido á este jóven, no lo olvidará jamás por las emociones que despierta en el corazon, y por las ideas que inspira á la inteligencia. Aquellas tres iglesias sobrepuestas, encerrada la primera en los senos de la tierra como la oscura semilla, erguida la otra en el cielo como la flor que levanta su corola, ó como el ave que ostenta su plumaje; una especie de feto encerrado en las entrañas del planeta, el primer templo, una especie de ángel perdido en los resplandores del cielo el último, la vida humana el segundo, que tiene el abismo oscuro de lo contingente y de lo terrestre en sus bases, lo infinito y lo eterno en sus sienas, como el hombre, este sér caído por la culpa y levantado por la redencion; símbolos hermosos los tres templos de la dogmática católica, símbolos de piedras, en las cuales el cincel ha tallado figuras tan místicas y tan hermosas, henchidas de esperanzas tan altas, y el pincel cristiano de una legion de artistas iluminados por la llama del ideal ha puesto tantos colores y matices, tantas imágenes místicas, tantos íris y tantos arreboles que, al ver aquellas Vírgenes, aquellas santas, aquellos serafines y querubines que vuelan, aquellos coros de bienaventurados que cantan, los tomariais por enjambres de ideas reveladas, descendidas, como la luz, del Empíreo al mundo y vueltas á subir, como la oracion, del mundo al Empíreo para unir estrecha é indisolublemente á la humana criatura con el divino Criador.

Aquel templo dice y enseña que un nuevo mundo ha surgido en el seno de la Edad media, un mundo de arte, de poesía, de religion, el cual levanta sus cúpulas por cuyas aristas suben las oraciones de los oprimidos, frente á frente de los castillos feudales, en que los opresores se encierran y se fortalecen. Y hay una teología franciscana representada por el platónico San Buenaventura; y hay una poesía franciscana representada por San Francisco mismo y su animoso discípulo Jacopone de Todi; y hay una arquitectura franciscana representada por los maestros que han erigido aquel singular monasterio como una escala mística entre la tierra y el cielo; y hay una pintura franciscana representada por el Giotto y los giottistas que han dejado la

vida del Santo impresa en frescos inmortales; y hay una política franciscana representada por aquella órden que admitia principalmente á la democracia en su seno y que contrastaba la guerra con el amor y que ponía un cielo de caridad y de paz sobre el mundo férreo de los castillos y de los señores feudales. Si esta tendencia democrática, representada por las órdenes mendicantes, se hubiera recogido, como debió recogerse, por los representantes de la Iglesia, marchara la civilizacion moderna mas lentamente con las transacciones de lo que ha marchado por el impulso de la revolucion; pero diera el sublime espectáculo de unir lo pasado con lo presente, y lo presente con lo porvenir por medio de series graduadas, y nos evitara ese tumulto de tempestades que ha llenado nuestros aires con su electricidad y ese sacudimiento de terremotos que ha llenado nuestro suelo con sus catástrofes. El mundo católico ¡ah! no hubiera sido esa monarquía representada por Alejandro VI que ha dejado tras de sí memoria tan triste como la memoria del antiguo imperio romano; bien al revés fuera una República cristiana en la cual Cristo hubiera reinado moral y materialmente siempre; el Evangelio se hubiera convertido y cuajado en instituciones reales y prácticas; y el mundo hubiera visto que la libertad no nacia en contra de la Iglesia, en guerra con la Iglesia, sino bajo su amparo y en su regazo, con lo que hubieran tenido siempre nuestros progresos por norte un cristiano ideal.

La trasformacion de San Francisco, semejante á las trasfiguraciones de Cristo en el día de su resurreccion y en el dia de su Tabor, prueban hasta qué extremo influía en la conciencia humana y arrastraba tras sí las conciencias y los ánimos una alianza estrecha entre el Evangelio y la libertad. Desnudóse sus preseas de fiesta y se vistió el sayal de la penitencia; olvidó sus jácaras y sus serenatas para acordarse tan solo de cantar en competencia con los ruseñores las alabanzas del Señor; pasó de las orgías y de las fiestas á las predicaciones y á los severos ejemplos; trocó aquella vida de ligerezas y de placeres por una muerte continua en las austeridades de la penitencia, hasta llegar á infundir en los pueblos la idea, tal era el esplendor de sus virtudes y de sus inspiraciones, la idea de que no habia muerto y estaba vivo y de rodillas en el eminente altar de una montaña con los ojos extáticos y las manos plegadas, aguardando la hora del último juicio, á fin de interceder, como

Cristo, por los pecadores y desarmar la justa cólera del Eterno. Así como un sol, desasiéndose de su incandescendente materia y arrojándola á los espacios infinitos, luego puede atraerla y formar en torno de su disco el coro inmortal de sus planetas, almas tan grandes, como el alma de Francisco de Asís, crean con las erupciones de sus pensamientos y con el calor de su fuego esos poetas, esos arquitectos, esos pintores, esos filósofos que resultan como los lados del prisma, en que se descompone y se matiza el espíritu general de la humanidad.

A esta grande estirpe de cristianos ilustres perteneció indudablemente Jerónimo Savonarola. Su alma sublime tiene estrechísimo parentesco con el alma de Francisco de Asís. No puede alcanzar la poesía que vemos en la vida de San Francisco; ni derretirse y trasformarse hasta componer como una azulada nube de incienso; porque su tiempo no se lo consiente y porque el ministerio político impuesto por las necesidades de Florencia quita fuerza y vigor al grande estro religioso que pedían y necesitaban los males irremediables de Roma. En tiempo de Savonarola no se veían las cruzadas dirigiéndose aun de Occidente á Oriente como en tiempo de San Francisco; no se congregaban aquellos jubileos que reproducían los tiempos mejores del Cristianismo; no surgía de la mente de un poeta toda el alma de la literatura y de la mente de un filósofo toda la idea de la ciencia católica; no corrían por calles y plazas los trovadores religiosos cantando laudes á Dios ni aparecían por los campos los soldados del Temple con su roja cruz en el pecho y su vibrante lanza en las manos: el Pontificado había caído desde Inocencio III en Alejandro VI; las órdenes mendicantes daban aquellos frailes que iban á hacer la prueba del fuego en la plaza de la Señoría; el Paganismo asaltaba las letras con la sensualidad y sin la hermosura de los antiguos tiempos; y la política suspendía los ánimos y se llevaba tras sí las grandes inteligencias embargadas en tiempos de fe y de esperanza por la religion y por la teología. Digámoslo de una vez. En todo lo referente á la reforma política de Florencia Savonarola se mostró claro y concreto. Desde las instituciones fundamentales hasta las leyes económicas todo se refundió en la ciudad toscana súbitamente al influjo de su maravillosa idea. Poder ejecutivo, asambleas deliberantes, sufragio universal, procedimientos judiciales, magistratura, todo se reformó

bajo la norma superior de sus clarísimas ideas. En punto á religion, debe decirse que no fué, ni tan claro ni tan concreto. El sentimiento vencía y superaba en esta materia y en este punto á la idea. Su elocuencia tomaba todos los tonos, desde el sencillo y campestre cual si hablara por su boca un labriego hasta el sublime y místico cual si hablara por su boca un profeta. La vista de la corrupcion eclesiástica le indignaba hasta ahogarle, y los remedios propuestos y forjados en la exaltacion de su sentimiento, se reducían á la convocatoria de un concilio, expresada entre un relampagueo tal que se diría reflejo y reverberacion del Sinaí. Tal era la parte religiosa de la obra de Savonarola. Florencia se volvió contra el hombre que le daba la libertad; y Roma se volvió contra el hombre que le proponía el remedio. Pero la justicia distributiva, que preside á la historia, se encargó de vengar á este hombre extraordinario. Apenas habían pasado treinta años de su predicacion y de su suplicio, cuando los imperiales asaltaban por la iglesia de San Miniato á la ciudad toscana: y los luteranos asaltaban por medio de la Reforma á la Ciudad Eterna. Los arrabatis triunfaron, pusieron sitio al convento de San Marcos, apresaron la noble persona del sacerdote, consiguieron que la voz de la libertad se apagara en aquellos labios encendidos por el fuego de la elocuencia, arrastraron al predicador desde el púlpito al calabozo, desde el calabozo á la horca, desde la horca á la hoguera; y cuando parecía que todo estaba concluido y consumado, los tiranos reaparecieron y castigaron con el tremendo castigo de la servidumbre la ceguera y la crueldad de los libres. La República de Florencia desapareció para siempre; y con ella desapareció aquel arte, aquella cultura, aquella libertad que solo habían tenido rivales en el arte, en la cultura y en la libertad de Atenas. Los Borgias de Roma emularon á los arrabatis de Florencia en furia y en crueldad. Cada palabra del monje caía como una gota de plomo derretido sobre la cabeza del Papa. Su furia de tigre se cebó en aquella inocente alma de paloma; los rayos de la excomunion turbaron sus mayores deliquios; y á medida que mas perfecto era y que mas se acercaba al trono del Eterno, mas junto á sí tenía los anatemas pontificios. Mientras él cogía en sus alas de arcángel, con beatífico culto, la Iglesia de Cristo para llevarla de nuevo á las cimas de la gloria, y fortalecerla en el puro espiritualismo, mas le perseguía el Papa con su odio y